

Fueron alzando poco a poco sus brazos el tosco medallón hasta muy cerca de los labios; apuntóse en ellos el beso, pero no llegó a ser. Abriéronse los dedos; golpeó la reliquia contra el pectoral musculoso, y el desconocido, dando un soplo al candil, se desvaneció en la obscuridad de la alcoba.

## IV

El primer viaje al fondo de la mina produjo en los nervios del neófito una ruda impresión, en la que el miedo, bravamente disimulado, hubo también su parte. Al atravesar el recinto minero, alumbrado por la luz violeta de la aurora, fué la curiosidad del nuevo cortador atraída por el espectáculo de la colmena jornalera que, zumbando y arremolinándose a la entrada del coto, la salvaba en montón, para dividirse después en grupos, que tomaban direcciones varias, según el lugar y faena a ellos correspondiente.

Iban unos grupos hacia los lavaderos, donde el vapor o la fuerza eléctrica ayudan a los trabajadores en el cernimiento y distribución del mineral; otros a los lavaderos de brazo, donde el músculo es sola fuerza y la humana sangre único combustible; otros, pegándose a las vagonetas con apegaamiento moluscular, las empujan por carriles angostos, hasta engancharlas a las locomotoras que pibaban y recrujían, despidiendo chorros de vapor, coronándose de humo. Estos grupos penetraban en



los talleres donde se funde el plomo y quema el aire, y la escoria líquida se arrastra por los quemantes canalillos en arroyos rubí; aquéllos, convirtiendo en bozal sus pañuelos, entraban en las cámaras condensadoras para recibir los besos mortales del arsénico; cuáles marchaban al desplate, a la purificación última del metal; quiénes, a las fábricas constructoras de balas, para moldear el plomo, para ponerlo a disposición de la muerte. Grupos borrosos se perdían en los desmontes, en las hondonadas, proyectando vagas e indecisas siluetas. El sol naciente, brillando como horno de salud bajo un cielo sin nubes, calentaba, vivificaba los seres y las cosas, proclamando, ratificando con el polen áureo de su luz, la eternidad del mundo.

Aquel espectáculo, nuevo para el obrero, le obligó a detenerse. Quedó absorto en su contemplación, siguiendo con ojos y oídos, de par en par abiertos, el zumbido y la dispersión de la colmena. Un recio manotazo le sacó de sus contemplaciones.

— Aquí no venimos a ver; a trabajar venimos y a no desperdiciar minuto. Conque echa pa adelante, aprendiz, que nos aguarda el pozo.

Era Bastián quien así hablaba. Jorge echó a andar tras él en dirección del cuarto inmediato a la boca del pozo, donde los mineros toman los candiles encendidos de manos del guardián y cubren sus

cabezas, para preservarse en lo posible de los pedruscos que desprenden las bóvedas y las paredes subterráneas, con duro sombrero de cuero.

Jorge, al dirigir sus pupilas a la boca negra del pozo, en cuyos bordes se detenía como acobardada la luz tibia del sol, sintió que el miedo le empujaba hacia atrás. Retrocedió, manifestando claramente en su gesto el temor que sentía.

— Cierto—murmuró a su oído con tono de burla Bastián—, cierto que algunas veces el cable se rompe y ¡cataplum! Tó envejece, hasta los cables, y, ya es sabido, los viejos no hacen cosa buena. Pero tú estás de suerte, al menos en este primer viaje; pues bajar en lo que hace hoy sin «canguis»; los cables son nuevos; los han renovao anteayer.

Y Bastián entró en la jaula de un brinco, riendo a carcajadas; los otros hombres de la cuadrilla, los antiguos, siguieron a Bastián; Jorge dió un paso; apretó el candil con sus dedos temblones y se enjauló como los otros.

— ¡Andando! — gritó el jefe.

Chirriaron los cables, hundiéndose poco a poco la jaula en el sombrío boquerón; poco a poco fué la luz solar extinguiéndose. El agua rezumaba de los peñascos, caía sobre los hombres en gotas anchas y golpeaba contra los alambres con siniestro rumor.

La luz de los candiles permitió a Jorge ir viendo, a franjas indecisas y lúgubres, el enorme tubo de



quinientos cincuenta metros que conducía al taller subterráneo.

Sobre las paredes rezumosas extendíanse los deslizadores de la jaula. Brotaba de aquéllas el agua en múltiples hilillos; la luz de los candiles los convertía en brotes de sangre, en supuraciones bermejas.

De vez en cuando, veía el novicio extenderse hacia el muro, como en acción de impedirle caer contra la jaula y pulverizarla, manos y brazos esqueletoides... Eran traviesas de madera, armazones de hierro, fábricas de apoyo y contención. Más de tarde en tarde descubría boquetes enormes, aberturas negras, de límites imprecisables. Por aquellas aberturas salían ruidos temerosos, rumores de tormenta lejana, voces confusas, reflejos mortecinos.

Estos boquetes marcaban los pisos de la mina; por frente a ellos resbalaba la jaula. Eran los rumores de tempestad, trajín de máquinas perforadoras; los ecos gimientes, gritos de mineros acompañando la maniobra de las vagonetas y el vaivén de los picos; los reflejos lívidos, oscilación de candiles en las tinieblas.

Este paisaje dantesco se dibujaba ante las pupilas de Jorge como un sueño espectral. Aquella bajada entre sombras, aquella lenta caída de quinientos metros de altura, aquel golpear incesante del agua, aquellos brazos extendidos para contener el

desplome del pozo, aquellas bocas negras que vomitaban ruidos sordos y reflejos de fuego fatuo, producían en el trabajador las angustias horribles del mareo. Su estómago sentía dolorosos espasmos; su corazón palpitaba sin ritmo.

Agarrado a la barandilla, abriendo los ojos desmesuradamente, estaba cuando los cables se estiraron con tironazo brusco; una mano alzó la barandilla. Ante Jorge se abría un túnel iluminado por un braserón de hulla y entrecruzado por carriles. Lejos brillaron luces. Oíase el ruido metálico de los picos golpeando en el mineral, el agrio crujir de las vagonetas, el gruñido de los perforadores.

Bastián, empujando por los hombros a su aprendiz, le forzó a abandonar la jaula.

— Tira alante — gritó —. Aun falta un paseo diquiá que lleguemos al «tajo».

Jorge, con marcha de sonámbulo, siguió a sus compañeros hacia el interior de la mina.

A cada segundo tropezaba en obstáculos imprevistos. Sus pies se hundían en tapices de fango líquido; el aire frío de los ventiladores helaba sus pulmones tremantes; sus pupilas se dilataban con angustia para ver en la sombra. La luz de su candil, reflejando contra las paredes, convertía en petrificados arroyuelos de plata las vetas de plomo; en joyería las sales que cristalizaban entre las murallas del túnel. La bóveda de éste se perdía en



tinieblas; como apariciones, pasaban y repasaban las vagonetas al empuje de hombres semidesnudos, cubiertos de sudor.

Iban y venían aquellos hombres de las «torbas» a la boca del pozo y de la boca del pozo a las «torbas», sin descanso, pataleando sobre el cieno, contrayendo los músculos, aferrándose a las vagonetas para no resbalar, echando hacia atrás las cabezas para absorber el aire, mezclando sus jadeos de bestia al chirriar de los ejes, el trepidar de los vehículos al choque de las piedras en viaje.

— Es el *paseo* — contestó Bastián a la pregunta que le hizo su aprendiz.

¡*El paseo!* Acaso la ironía, metiéndose de contrabando bajo el cráneo de un minero, de un empujador de vagonetas, le hizo tropezar con tal nombre y poner dentro de él todos sus odios, todas sus angustias, todas sus miserias de criatura humana convertida en bestia por mandato del hambre y codicia de los patronos.

¡*El paseo!* Así llaman los mineros a su ir y venir empujando vagonetas casi a cuatro patas; a sus choques contra las piedras; a sus resbalones en los carriles; a su marcha a ciegas entre peligrosas negruras; a su faena de locomotoras vivientes que tienen por ejes músculos y nervios; por combustible, sangre; por engrase, la transpiración de sus cuerpos; por motor, la miseria; por estación de

descanso, una zahurda; por taller de reparaciones, un hospital; por depósito de arrumbamiento, la fosa común.

A dimitir de hombres y trocarse en caballerías llaman pasear los mineros. Convengamos en que estos *paseos* no son precisamente los que se dan por el Retiro y por la Castellana.

Sin embargo, a poco tiempo de aprendizaje pudo el cortador convencerse de que, comparada con otras faenas mineras, de paseo, de dulce y plácido paseo puede calificarse la marcha fatigosa de los vagoneteros por las sombras del túnel.

Como un esparcimiento, como un apacible solaz, consideraba el *paseo* Jorge cuando, ya maestro en el oficio, oficiaba de perforador en fondos casi no explorados, a los que descendía por escalas de esparto. En ellas resultaba milagro apoyar la punta de los pies y la falange superior de las manos.

Él bajaba diariamente por estas escalas al fondo de la mina, a respirar durante horas y horas atmósferas de cuarenta y seis grados, a trabajar desnudo de medio cuerpo arriba, tendido, en escorzo violento, el que permite la altura de la bóveda; a hundir la barrena en la piedra, a colocar dentro del agujero el cartucho de dinamita, a encender la mecha, con el tiempo justo para agarrarse a la escala de esparto y trepar por ella y oír desde el peldaño último el estallido del explosivo destructor.



A este trabajo, a otros como él rudos y peligrosos se hizo pronto el minero, y pronto superó a los antiguos en destreza, en resistencia y en audacia para arrostrar la muerte.

Pronto ganó el primer puesto entre sus compañeros de cuadrilla, y si no ganó su amistad, debido fué a la huraña condición de su genio que le hacía estar alejado de todos, sin tomar parte en las conversaciones, viviendo y emborrachándose solitariamente.

Mientras sus compañeros alegraban el trabajo entonando tarantas o bromeando entre golpe y golpe de pico, Jorge callaba, atento a su obligación nada más. Según pasaba el tiempo iba compenetrándose con la mina, haciéndose un pedazo de ella, hasta que, un día, tomó obra por su cuenta en las oficinas; se apartó de Bastián y se hizo destajista. Doblando las horas de faena vivía en la mina, trabajando de sol a sol. Salía de ella, no por la jaula, por las escaleras de esparto, y no iba a la población sino de quince en quince días, a cobrar su quinceña, a derrocharla en vino, a consumirla en «el cantante» con las cantaoras, en el café con las camareras, en los burdeles con las jornaleras del vicio, con las que, a altas horas de la noche, «hacen» paseos tan horribles como los que hacen los mineros por el túnel fangoso a la luz de los malolientes candiles.

Un día desapareció Jorge de la habitación (llamémosla así) que le arrendara la hermana de Bastián. No volvió más por ella.

Cuando al término de la quincena se presentó en la taberna del *Moreno* con el traje más roto y el pelo más crecido que nunca, le dijo aquél:

— ¿De manera que te has metido a *hampón*?

— Así paece.

*Hampón* le llamaron desde entonces los de la mina, olvidando su antiguo nombre. De minero *hampón* llevaba existencia, pegado al plomo, faenando solitariamente en los más apartados y más peligrosos boquetes, desde el alba hasta más tarde del ocaso; durmiendo sueño de alimaña salvaje en una galería abandonada por el trabajo y por la codicia. En ella, sobre un cacho de manta, teniendo un «chino» por almohada, dormía el *Hampón*.

Alguna vez ardía el candil en la alcoba de piedra.

Era que el *Hampón* lo encendía para contemplar la reliquia pendiente de su cuello. También, como en la alcoba de la ciudad, levantaban sus brazos la reliquia hasta la altura de la boca; también apuntaba ésta el beso; pero también, antes de que este beso fuera, caía el medallón sobre el pecho, moría la luz del candil y, en la obscuridad, vibraban quejumbrosos los alentares del *Hampón*.



## V

Iba para dos años que Irene desempeñaba oficios de camarera en *La Buena Sombra*, un café modernista (así le llamaba su fundador y dueño) que, para competir con el cantante antiguo y alcanzar victoria sobre él, brindaba a los parroquianos la voz escasa de unas cupletistas, con más el atractivo de la femenil servidumbre, nada huraña en su trato y fácil al reclamo de los varones, siempre que éstos lo acompañaran de buenas propinas al abonar el gasto y de buenos duros si al cerrarse el café querían ultimar el convite.

Ponía gran cuidado el dueño del café en remudar camareras y cantatrices. No era el paladar de sus parroquianos meticuloso en punto a la belleza y a la donosura de las tales; pero en cambio se hartaba de ellas pronto. A falta de exquisitez en la mercancía, pedía variación. El cafetero, atento al mejor provecho de su industria, no se atrasaba en los cambios y recambios del personal. Cada tres meses, a lo sumo, plantábase el hombre en la Corte, y de ella regresaba con mujerío nuevo, vamos al decir, porque casi todas sus novedades, de puro

averiadas, sólo en gente minera, que ni de la muerte se asusta, podrían encontrar recibo.

En *La Buena Sombra* lo hallaban, con tal de no ser viejas. Aquellos hombres rudos gustaban de la carne pintada. Aun, aun los más jóvenes tomaban el colorete por rubor y por apasionada sombra el corcho abrumador de los párpados. Al amanecer era su desengaño; pero al advenir éste ya estaba satisfecho todo. Sobre que al amanecer comienzan los trabajos mineros y no hay tiempo para distingos cuando pico y candil aguardan en la boca del pozo.

Irene constituía la excepción en el trasiego de camareras y de tiples. Por su belleza, aun no totalmente marchita; por su gracia y por su habilidad en agradar, entretener y llevar el humor a los parroquianos, era ídolo de ellos e insustituible para el amo del cafetín, que veía en Irene un filón productivo, un espejuelo a cuyo deslumbre acudían prontos los incautos y se dejaban desplumar sin protesta.

Tan embobada traía a su parroquia Irene, que si el cafetero — torpeza no imaginable en él — hubiese intentado despedirla, contra él se revolvieran todos sus parroquianos, y no ya su industria, su persona sufriera máximo perjuicio.

La *Cañas* (mote que la moza debía a su decir siempre que la invitaba alguno: «Convidame a unas cañas») era una institución en *La Buena Sombra*.



Los concurrentes al café se disputaban las mesas de su turno; pujábanse a mayor obsequio y a propina mayor el derecho a dar conversación y convite a la *Cañas*; pujaban también sus favores extra-cafetiles, y si llegaba la ocasión de una juerga en el «camarote de arriba», con guitarras, cante, baile, manzanilla y Jerez, era voz y acuerdo unánime en los juerguistas que la *Cañas* había de servirles, o cuando no, estar a la verita de ellos en tanto que la juerga durase. Bien es cierto que la preferida, a más de su destreza en el servicio, de su gracejo en la conversación, de su no presumir con ninguno, ni dar públicamente preferencia a ninguno, «se bailaba un tango sobre una cuarta de terreno» y se cantaba una copla con voz ronquilla, de tan dulces entonaciones, que almas adentro iba cuando apasionada era la copla; cuando pícara, ponía los nervios en punta y el deseo en trajín.

¡Bien se aprovechaba la moza de estos sus encantos y seducciones, naturales unos, otros adquiridos en la existencia que, desde muy niña, hubo de hacer por mandatos de su nativa condición o de su mala suerte!

Flaca de carne, miserable de vestimenta, llegó a la minera ciudad. Al presente repretada estaba su carne y trajeada con elegancia charra y rebosante el negro moño en agujones y peinetas; en sus orejas resplandecían orlas de diamantes y en sus dedos

campeaban lanzaderas, tresillos, serpientes de esmalte. De oro bajo eran las monturas; a lo peorcito del surtido pertenecían los esmaltes y piedras, pero de lujo y comodidades hablaban, al igual de los mantones de espumilla, de las blusas de terciopelo, de las medias de seda, de los zapatos de charol y de la habitación que próxima al café alquilara. El baulillo de los comienzos arrinconado fué para dar sitio a un armario de luna; un sofá de reps y dos sillones de lo propio substituyeron a las viejas sillas de Victoria; una cama de dorados barrotes, adamascada colcha y blandos colchones, al duro catre que fué, durante los primeros meses, martirio del cuerpo de la moza.

Todo aquel boato salía de la parroquia del café. No significaba esto que la *Cañas* descuidase por los propios los intereses del dueño de *La Buena Sombra*. Tanto o más cuidaba que de los suyos de éstos, dándose traza para que los concurrentes a su turno pidiesen, y en abundancia, de lo caro; haciendo, siempre que ello le era posible, extensiva la convidada a todas las demás camareras, y aun al propio industrial.

¡Pues y cuando había jolgorio en el «camarote de arriba»!... Era de admirar entonces la *Cañas*. Las botellas, servidas por su mano, se vaciaban en un amén: tal maña se daba en derramar el vino por mitades cabales entre la bandeja y los vasos.



— ¡Cañas — gritaba un comensal —, báilanos un tanguitol...

— Hijo de mi alma, pa bailar necesito yo beber unas miajas. Conque arráncate por un par de botellas.

— ¡Cañas, canta unas coplas!...

— Estoy mu débil, comparito. No vais a oírme si no me relleno antes el estómago de jamón y si no empujo el jamón con unos chatos de Agustín.

— ¡Cañas, dame un beso!

— Los besos en público los cobro caros. Si quieres uno, te cuesta una ronda de N. P. U.

Así iba de uno en otro, alegrándolos con sus chistes, enardeciéndolos con el mirar gachón de sus grandes ojos endrinos, metiendo por los ojos de ellos las redondeces de su carne morena, rozándoles el cutis con sus labios embadurnados de carmín, sentándose sobre sus rodillas para entonar la copla, quitándoles de las cabezas los anchos cordobeses y encajándolos sobre su moño para bailar el tango.

Cuando la embriaguez del vino y las embriagueces del deseo enardecían a los hombres, cuando era crecido el número de botellas vacías, en un rincón amontonadas, y las cabezas no estaban en punto de reparos, subía la *Cañas* ocultamente, a cada uno de los viajes que hacía al mostrador, cascós y más cascós que aumentaban en mucho la cantidad de

los consumidos y el coste de la juerga. Sabía también, cuando a tal situación llegaban los juerguistas, darles esquinazo e irse a dormir sola en la cama de dorados barrotes, no sin darse antes la enhorabuena, por aquella noche de libertad, frente al espejo del armario.

Su cuerpo moreno, en casi completa desnudez, se dibujaba sobre el limpio cristal envuelto por la lluvia luminosa que se desprendía de la lámpara eléctrica, como una estatua de nogal tallada por un escultor lúbrico para presidir bacanales.